

Jugando con fuego

Carlos LARRÍNAGA

Historiador

Así podría definirse la actitud de Turquía y, más en concreto, la de su presidente, Recep Tayyip Erdogan, durante los cinco años largos que dura ya la guerra en Siria. Desde el principio ha mantenido una posición opuesta al régimen de Bashar al-Asad, mientras ha sido reiteradamente acusado de connivencia con los yihadistas del Estado Islámico. En verdad, ese enconamiento hacia las autoridades sirias puede explicarse por dos tipos de factores. Uno sería de carácter externo y tiene que ver con los equilibrios de poder entre sunistas y chiítas en el Próximo Oriente. Desde hace años Turquía trata de jugar un rol predominante en la región como la gran potencia sunita. Para ello se apoyaría en su volumen demográfico, en el crecimiento económico que se dio a comienzos del siglo XXI, en su condición de miembro de la OTAN y en sus relativas buenas relaciones con Occidente, en especial con Estados Unidos y Alemania. Esta preponderancia sólo sería disputada por Arabia, cuyos petrodólares han servido no sólo para realizar inversiones millonarias en diversos estados de la zona, sino, sobre todo, para la expansión del wahabismo a través de las mezquitas e imanes por ella financiados. Sin olvidar que esta versión rigorista del Islam es la que sirve de gasolina ideológica para movimientos terroristas tales como Al-Qaeda o el Dáesh. De manera que, teniendo enfrente al chiísmo, liderado por Irán, sólo en este reparto de influencias se puede comprender mejor la enemistad de Ankara hacia Damasco, fiel aliado de Teherán. Y digo esto porque entre Turquía y Siria no hay ninguna reivindicación territorial pendiente, por lo que su conducta me resulta muy llamativa.

Ahora bien, posiblemente más determinante que este motivo exterior, sea la causa interior. Es decir, la cuestión kurda. No olvidemos que los kurdos de Irak, Siria y Turquía han sostenido una lucha enérgica en contra del EI, lo que, a los ojos de Erdogan, los convierte en aliados de al-Asad y, por tanto, en traidores. Aquí no olvidemos que el enfrentamiento en Siria se ha llevado por delante las negociaciones que el gabinete turco había entablado con el PKK. No sería de extrañar que los mandatarios de Ankara hubiesen visto una clara oportunidad en esta conflagración para ajustar definitivamente cuentas con esa importante minoría. El empecinamiento a este respecto constituye una fuente de inestabilidad permanente en casi todo el territorio, aunque, particularmente, en las regiones del sureste. La mano dura empleada por el ejecutivo no está sirviendo para solventar el problema, sino para todo lo contrario. Los esporádicos atentados de los milicianos kurdos no hacen sino contribuir a incrementar la sensación de caos que vive Turquía. Agravada porque su calculada complacencia con el yihadismo no le ha librado de salvajes atentados, equiparables a los de París, Bruselas o Bagdad. Como muestra, el del aeropuerto Atatürk del pasado 28 de junio, con un saldo de 45 muertos y decenas de heridos.

Desde luego, no es el primer golpe que se produce en suelo turco. El de Suruç, en julio de 2015, abrió la veda y supuso el punto de inflexión en sus ambiguas vinculaciones con el Califato, que, por otro lado, nunca ha visto con buenos ojos sus lazos con Occidente. Ante la fuerte presión de los aliados internacionales y, singularmente, de EEUU, Ankara por fin se comprometió de lleno con la coalición, prestando su base aérea de Incirlik para efectuar los bombardeos contra las posiciones yihadistas. Ya que era bastante descarado cómo los responsables turcos permitían el tráfico de todo tipo de bienes por su frontera, cómo consentían la llegada de terroristas de cualquier punto del planeta para unirse a las filas del ISIS y cómo sus traficantes se beneficiaban de la huida de los refugiados. En este sentido, las acusaciones del Kremlin siempre han sido las más explícitas. De ahí que su cambio de posicionamiento esté teniendo un precio tan alto, habiendo colocado al país en una situación hartamente delicada. Basta darse una vuelta por el centro de Estambul y su Gran Bazar para darse cuenta de cómo el turismo, una de las actividades básicas de su PIB, ha caído en picado.

En este panorama hay muchos oponentes de Erdogan que piensan que la mala situación en la que se encuentran es por culpa de la postura mantenida por el gobierno desde el inicio del affaire

sirio. El haber apostado resueltamente por los rebeldes, incluidos el Frente al-Nusra y el EI, sólo ha servido, a la larga, para empeorar sensiblemente las cosas. Rotas las conversaciones con el PKK, Turquía se enfrenta ahora a un doble terrorismo. Lo que, a la postre, está haciendo que se resientan también los fundamentos de su Estado de derecho. Erdogan y el AKP se postulan como los únicos capaces de mantener el orden y de poner fin a la amenaza terrorista de todo signo. De hecho, las últimas campañas electorales han venido marcadas por estos eslóganes y por el miedo. En la misma dirección iría su deseo de aumentar sus competencias modificando la Constitución, sus continuos ataques a la libertad de prensa y sus presiones a la Justicia. Hasta cierto punto, daría la sensación de que Turquía se encuentra en un callejón sin salida, a menos que introduzca cambios en su política internacional. La carta pidiendo perdón a Putin por el derribo de un avión ruso abatido en noviembre podría ser una buena señal. Aunque es insuficiente y debería ir acompañada de determinados gestos de acercamiento hacia Irán y al propio al-Asad, cada vez más legitimado por la comunidad internacional. La vuelta al diálogo con el PKK le permitiría, sin duda, tratar de apagar uno de los fuegos que le está quemando. Creo que una iniciativa de esta naturaleza sería muy bien vista por todos sus socios, quienes han elogiado el papel de los peshmergas kurdos contra las huestes de Al-Bagdadi. De esta forma podría dedicarse en exclusiva a combatir al yihadismo. Que es realmente lo prioritario en estos momentos.

4 de julio de 2016